

CRISTO DEL AMOR

En la agitada actividad de cada día, quemamos o derrochamos los mejores instantes de nuestro tiempo de vivir, tras objetivos que se nos ofrecen como deseables para alcanzar la felicidad- fin lícito por lo demás- pero que después resultan evanescentes fantasmas sin consistencia, sustancia ni calidad. Y en esta búsqueda confusa, desesperada con frecuencia, dejamos girones de nuestro auténtico ser, de nuestra alma primigenia y virgen, para sustituirlos con las mas absurdas y feas prótesis: odios, resentimientos, envidias...

Es la consecuencia de un error siempre repetido y nunca soslayado: Ignorar que la felicidad no se encuentra en la posesión de los mil artificios que hemos inventado, ni en el predominio sobre los demás, ni en la acumulación de poder o privilegios. Todos ellos, si acaso, producirán fascinación o borrachera, como la droga, y un cierto placer, una vaga auto-complacencia; pero al final, incluso en seres de poca calidad, aparecerá un vacío inexplicable y sentiremos un ácido sabor de decepción.

Sólo existe algo con fuerza y energía bastantes para impulsarnos hacia la felicidad: el amor. Amor en su acepción más noble y bella; amor puro y limpio no bastardeado con las variadas pasiones contaminantes que, en la vida cotidiana, vamos arrojando sobre su transparente y sugestiva naturaleza; amor intenso y extenso, disparado en todas direcciones; amor sin opacidades y sin sombras de extraños fines interpuestos; amor que sólo a sí mismo es comparable..... Más, a esta altura, descubrimos que amor es la única palabra, en el pobre y limitado lenguaje humano, capaz de definir, con aproximación aceptable, a Cristo.

Cristo, esencialmente, es amor, como



diría San Pablo.

Amor que lleva al supremo sacrificio con ánimo recio, que impulsa con alegría al esfuerzo agotador, que obliga a no repeler la agresión, ni presta oídos a la injuria, ni devuelve las ofensas; amor que perdona con gozo, cura, ayuda, protege y se derrama con espléndida liberalidad, sin exigencias, sobre los demás. Amor en el que, tal vez, el ingrediente más excelso sea la renuncia. Cristo pudo aparecer sobre nubes, con rayos aterradores y legiones invencibles; pudo sacudir la tierra desatando las ocultas fuerzas de sus entrañas y derramar el fuego líquido de los volcanes; pudo en suma, hacer ostentación de su dominio como Creador.... Pero no. El se presentó como hombre, y fue afectuoso con los humildes, atento con los ignorantes, comprensivo con los pecadores.... Sus pies sufrieron con la dureza de los pedregosos caminos recorridos; se bañó su cuerpo con el sudor del cálido

estío y bebió, sediento, del agua de la samaritana. No usó de su poder para ser más humano. Y nos enseñó, así, que cuanto mayor sea nuestra capacidad de renuncia y mayor nuestra humildad, mas grande y ejemplar aparecerá el amor.

Cristo del Amor, Cristo - Amor, con su blanca túnica, símbolo de cuanto representa, nos indica el camino, nos imprime esperanza y, como faro luminoso en las tinieblas, nos guía al puerto seguro, donde ninguna tormenta puede hacernos zozobrar.

Cuando contemplamos su cuerpo encorvado por el peso del madero, su rostro amoratado por cobardes golpes, su

frente sangrante por las heridas abiertas con dolorosa corona de espinas, su paso vacilante...; cuando observamos, pese al agotamiento físico, su mirada dulce y triste, en la que se adivina una firme voluntad de morir por los demás, del fondo del alma surge imperioso, incontenible, el deseo de gritar, como el anónimo poeta, que aún cuando no hubiera cielo por ganar, ni infierno al que temer,

"... aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera".

Miguel Molina

